

Criptoqueer: el cuerpo perverso y la propagación de la especie¹

Cryptoqueer: O Corpo Perverso e a Reprodução das Espécies

Cryptoqueer: The Perverse Body and the Reproduction of the Species

Pablo Pérez Navarro ^[a] ^[b]

Coimbra, Portugal

^[a] Universidad de La Laguna | ^[b] Centro de Estudos Sociais (CES), Universidade de Coimbra

Como citar: Pérez Navarro, Pablo. Criptoqueer: el cuerpo perverso y la propagación de la especie. *Revista de Filosofia Aurora*, Curitiba: Editora PUCPRESS, v. 37, e202531173, 2025. DOI: <https://doi.org/10.1590/2965-1557.037.e202531173>

Resumen

Este ensayo explora las metáforas sexuales y raciales *encriptadas* en el breve pero muy influyente relato “Destructor negro” de A. E. van Vogt, a partir de sus relaciones con la construcción del cuerpo perverso en *Psychopatia sexualis*, de Krafft-Ebing. En el proceso, se exponen los estrechos vínculos existentes entre el imaginario colonial de la alteridad racial y, en especial, entre el Orientalismo, tal y como es pensado por Edward Saïd, y la psiquiatrización de las perversiones en el siglo XIX. Para finalizar, se presentan algunas de las variaciones de la figura de la cohabitación forzada con el cuerpo perverso presentes en la ciencia ficción espacial del siglo XX.

Palabras clave: Monstruosidad. Cohabitación. Reproducción. Orientalismo. Biopolítica.

¹ Esta investigação recebeu financiamento do programa Horizonte 2020 da União Europeia no âmbito da bolsa Marie Skłodowska-Curie – Emergent Biopolitics of Kinship, Gender and Reproduction: Trialogues from the South [894643]. Consulte: <https://trialogues.ces.uc.pt>

^[a] Doctor en Filosofía y profesor en la Universidad de La Laguna (España) e investigador del Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidade de Coimbra. e-mail: pperezn@ull.edu.es.

Resumo

Este ensaio explora as metáforas sexuais e raciais encriptadas no breve mas influente relato "Destructör negro" de A. E. van Vogt, a partir das suas relações com a construção do corpo perverso em *Psychopatia sexualis*, de Krafft-Ebing. No processo, são destacados os estreitos vínculos entre o imaginário colonial da alteridade racial, especialmente o Orientalismo conforme pensado por Edward Saïd, e a psiquiatrização das perversões no século XIX. Para concluir, são apresentadas algumas das variações da figura da coabitação forçada com o corpo perverso na ficção científica espacial do século XX.

Palavras-chave: Monstruosidade. Coabitação. Reprodução. Orientalismo. Biopolítica.

Abstract

This essay explores the sexual and racial metaphors present in A. E. van Vogt's 'Black Destroyer', discussing the relationship between this brief yet influential tale and the construction of the perverse body in Krafft-Ebing's *Psychopatia sexualis*. Throughout the process, the close links between the colonial imaginary of racial otherness, particularly Orientalism as conceptualized by Edward Said, and the psychiatrization of perversions in the 19th century will be highlighted. Finally, it presents some variations of the figure of the forced cohabitation with the perverse body in 20th-century space science fiction.

Keywords: Monstrosity. Cohabitation. Reproduction. Orientalism. Biopolitics.

El hombre vive constantemente atemorizado de sí mismo. Sus impulsos eróticos lo aterranc.

Georges Bataille

Es como si yo sintiera vergüenza, entonces, de estar desnudo delante del gato, pero también sintiera vergüenza de tener vergüenza.

Jacques Derrida

El sol se pone, tras la pantalla de mi ordenador, sobre la Bahía de Todos los Santos. Los rayos que se proyectan desde el horizonte forman una colosal corona radial de apacible efecto hipnótico. Resulta difícil de imaginar, al contemplarla, que exista cualquier relación entre este escenario y el oscuro planeta en que se produce el encuentro con una misteriosa forma de vida extraterrestre en la que es, con toda probabilidad, mi película de terror favorita: *Alien: el octavo pasajero* (1979). La conexión puede resultar algo complicada pero no es, por ello, menos real. Permítanme resumirla: El Beagle, barco en el que Charles Darwin realizó el largo viaje durante el cual se conformó su teoría de la evolución de las especies, hizo su primera parada en el continente americano en esta misma bahía. Aquí documentó las, para él, sorprendentes características de la fauna y flora tropicales. Casi un siglo después, los diarios escritos por Darwin a bordo del Beagle inspiraban al canadiense A. E. van Vogt a escribir “Destructor negro” (1979 [1939]), un relato que ha sido considerado como el primero de la Edad de Oro de la ciencia ficción. Así lo explicaba, en concreto, Isaac Asimov:

El *Outstanding* de julio de 1939 se toma a veces como punto de partida de las dos décadas de la “Edad de Oro” de la ciencia ficción cuando John Campbell en el apogeo de su poderío era el indiscutido Emperador de la Ciencia Ficción. ¿Por qué este número? Fundamentalmente por “Destructor negro” que tuvo el efecto de una descarga eléctrica sobre aquellos que lo leyeron por primera vez (1979, p. 66).

Décadas después, la Fox accedía a desembolsar 50.000 dólares en concepto de derechos de autor atrasados, por causa de las similitudes existentes entre “Destructor negro”² y *El octavo pasajero*. La obra de Darwin, por suerte para la Fox, ya se encontraba libre de ese tipo de cargas. Cabe imaginar, no obstante, que su descripción del seres como el *Diodon antennatus*, a saber, un tipo de pez globo que encuentra el naturalista inglés en esta misma Bahía y que, pese a su aspecto inofensivo, oculta en su cuerpo un arsenal de armas biológicas que le permitirían, incluso, perforar desde el interior las paredes del estómago de un tiburón, matando de paso al “monstruo” (Darwin, 2022 [1832], p. 18), tuvieran algo que ver en la construcción literaria del “Destructor negro” –y por tanto, más tarde, del monstruo de *Alien: El octavo pasajero*³.

Es este eslabón perdido entre la imaginación naturalista y la ciencia ficción espacial el que aquí me interesa. En las páginas que siguen me propongo explorar, en particular, las metáforas raciales y sexuales que se encuentran inscritas, como *encriptadas*, en dicho texto. La lectura que sigue se encuentra influenciada, en ese sentido, por la que el psicoanálisis aplica a los sueños, si bien trasladada al ámbito de la crítica cultural de un forma similar a la que Robin Wood aplica al cine de horror estadounidense:

² Junto a otro de los relatos incluidos en la novela-recopilatorio *El viaje del Beagle espacial* (Vogt, 2000 [1950]).

³ Llama la atención, en particular, el paralelismo entre la sustancia de color rojo carmín que segregaba el vientre del pez y que, siempre según Darwin, le serviría para perforar el estómago del tiburón, y la sangre verde del alien en *El octavo pasajero*, capaz de corroer las paredes de metal de la nave. Además de otro paralelismo: el veneno del pez globo es capaz de paralizar a sus víctimas humanas que, para sobrevivir, deben recurrir a la respiración asistida; al igual que las víctimas de la forma de vida alienígena en la película de Ridley Scott.

El verdadero tema del género de terror es la lucha por el reconocimiento de todo aquello que nuestra civilización reprime u opreme, su resurgimiento dramatizado, como en nuestras pesadillas, como un objeto de horror, un asunto de terror, y el final feliz (cuando existe) generalmente simboliza la restauración de la represión (1986, p. 68).

Desentrañar, desde ese punto de vista, las metáforas sexuales y raciales encriptadas en el relato de van Vogt me parece crucial, en primer lugar, por su enorme influencia posterior, resultado de la forma pionera en que aborda la figura del monstruo alienígena que, si bien había sido empleada en las décadas anteriores como nexo entre la literatura de horror y la ciencia ficción, se vio revitalizada al combinar una serie muy limitada de metáforas espaciales –el exoplaneta, la nave espacial– con una inédita profundidad subjetiva. De esa forma, se pone al descubierto la eficacia del artefacto literario resultante, en cuanto receptáculo de las ansiedades culturales que impregnán la psiquiatrización de las perversiones a lo largo del siglo XIX; que se proyectaron así, como en un caballo de Troya, sobre algunos de los giros argumentales más característicos de la ciencia ficción espacial del siglo XX. La lectura propuesta pretende contribuir, por último, a una mayor comprensión de la relación existente entre el hecho de que, como lo expresa Judith Butler a partir de Hannah Arendt, “no podemos elegir con quién cohabitamos la Tierra” (2012, p. 125), con el discurso Orientalista y el dispositivo de la sexualidad. Transitando, por tanto, entre la sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad, la discusión que sigue pretende mostrar la forma en que diferentes figuras de la cohabitación forzada con el cuerpo perverso –en adelante, *cohabitación perversa*– se relacionan con la densa mezcla de ansiedades *biopolíticas*, en el sentido foucaultiano del término, denominada “la propagación de la especie”.

Una visita inesperada

La historia es sencilla. Una nave espacial tripulada por cien hombres toma tierra en un planeta desconocido (para ellos), entre los restos de una ciudad en ruinas. En su breve paseo exploratorio recogen, por su interés científico, a un ser de inofensivo aspecto gatuno del que sospechan, sin embargo, que podría haber descuartizado ya a uno de los miembros de la tripulación. De regreso en la nave, ante la duda sobre si aquel “gato” –como lo llama tanto el narrador (p. 67), como la tripulación (pp. 70, 78, 79, 81-83, 85, 89-92, 103, 104)– sería o no culpable de dicho crimen, lo encierran en una jaula. Los científicos de abordo aprovechan el estado de prisión preventiva para intentar fotografiar y estudiar su organismo, sin éxito: la radiación que emplean para tal fin atraviesa su cuerpo sin detectarlo. Cuando todos duermen, el gato escapa de su jaula y asesina, en un arrebato de lascivia asesina, a quince hombres. Le impulsa un hambre irrefrenable por una sustancia llamada “id”, agotada en su planeta pero que se encontraría en abundancia en los huesos humanos. Resueltas las dudas sobre la culpabilidad de la criatura, se inicia el duelo final, en el que la astucia racional de la humanidad se impone a los poderes físicos del gato, que termina sus días - al igual que lo hará, mucho tiempo después, el octavo pasajero - en el espacio exterior, bajo los cohetes atómicos de la nave.

El puesto de honor que le concede Asimov a este relato no se debe, sin duda, a la falta de naturalidad de los diálogos en los que la tripulación intercambia hipótesis y deducciones lógicas sobre la naturaleza del gato y sobre cómo hacerle frente. Los científicos de este Beagle espacial son personajes fríos y planos, a los que el hallazgo de los restos mortales de un compañero les hace proferir apenas una breve frase de lamentación. Frente a estos brilla, no obstante, el punto vista del monstruo. El alienígena de van Vogt se distancia de los elementales monstruos de la literatura *pulp*, que causaban espanto, ante todo, por su aspecto.

Frente a estos, van Vogt nos enfrenta a una monstruosidad de carácter *moral*, a medio camino entre la volúptuosidad de las vampiresas de Bram Stoker y la escabrosa representación del cruising gay en *A la caza* (Friedkin, 1980): El horror que suscita el imperio de las “bajas pasiones” sobre una criatura racional a la que conducirían a cometer los más abyectos crímenes. De esa forma, van Vogt introduce un monstruo en la ciencia ficción que se distancia del tratamiento de la monstruosidad en su propio género y, a la vez, del de la literatura gótica, por lo general parca a la hora de sumergirnos en la subjetividad monstruosa⁴. En su simplicidad literaria, pues, “Destructor negro” viene a ser el *Finnegans Wake* (Joyce, 1939) – obra que, dicho sea de paso, se publicó el mismo año que la que aquí nos ocupa - de la monstruosidad espacial: una inmersión pionera en el flujo de la conciencia de un monstruo alienígena.

Ahora bien, ¿de dónde procede este gato, criatura letal y seductora a un tiempo, bisagra entre géneros y, también, entre diferentes períodos de la historia de la ciencia ficción? Más allá de los sueños del autor, en los que se inspiraba para escribir, ¿cuáles serían las fuentes *textuales* de su imaginario alienígena? ¿Y cuáles, en consecuencia, los miedos y ansiedades culturales que introduce, como subtexto, en el horror de ciencia ficción? A este respecto, la hipótesis que aquí defiendo es que, al nutrir a la subjetividad gatuna de pulsiones *carnales*, y al asociar estas a una cierta descripción anatómica y fisiológica, van Gogt no habría hecho más que tomar en su literalidad el famoso pasaje, aún no escrito, en el que Foucault escribe, “El sodomita era un relapso, el homosexual es ahora una especie” (1977, p. 28), y que prosigue:

Del mismo modo que constituyen especies todos esos pequeños perversos que los psiquiatras del siglo XIX *entomologizan* dándoles extraños nombres de bautismo: existen los exhibicionistas de Lasègue, los fetichistas de Binet, los zoófilos y zooerastas de Krafft-Ebing, los automonosexualistas de Rohleider; existirán los mixoescopófilos, los ginecomastas, los presbiófilos, los invertidos sexoesésticos y las mujeres dispareunistas. Esos bellos nombres de herejías remiten a *una naturaleza que se olvidaría de sí lo bastante como para escapar a la ley, pero se recordaría lo bastante como para continuar produciendo especies* incluso allí donde ya no hay más orden (1977, p. 28).

Desde ese punto de vista, van Vogt no habría hecho más que dar forma literaria al proyecto taxonómico destinado a domesticar al cuerpo perverso mediante su asociación con tornándolo así clasificable, cognoscible y, por encima de todo, *reconocible*. Desde este punto de vista, si el monstruo de van Vogt posee un cierto aire de familia con la literatura gótica, y la vampírica en particular, no lo es tanto porque se nutra directamente de esta o, al menos, no solo, sino porque lo hace de una psiquiatrización de las perversiones que, partiendo de los mismos principios de la moral victoriana, produjo sus propios *monstruos*. Dicho de otro modo, el discurso de van Vogt se diferencia de ambas tradiciones gracias a que se escribe en un momento en que el análisis médico del cuerpo perverso había dejado de ser un discurso emergente para sedimentarse en el paisaje cultural de la primera mitad del siglo XX: el material de los sueños, y de las pesadillas, de varias generaciones.

⁴ Baste recordar aquí, a este respecto, que Drácula es el único personaje que no escribe ninguno de los diarios, cartas y otros textos que componen la novela de Bram Stoker. Frente a esta regla no escrita destacan, no obstante, los capítulos dedicados al punto de vista de Frankenstein en la novela de Mary Shelly.

Psicopatía de la monstruosidad

Recapitulemos las características de la criatura. Me centraré, para ello, en *Psychopatia sexualis*, de Richard von Krafft-Ebing (1894), por ser el más ambicioso de los esfuerzos decimonónicos por unificar el campo de las perversiones sexuales. En dicha obra, Krafft-Ebing sostiene que el origen de la perversión se encuentra en el sistema nervioso que, sobreexcitado, se revela incapaz de recuperar su estado original. Se produciría, así, una colonización de la vida por la pulsión sexual, arrastrando al individuo a una espiral catastrófica que lo tornaría capaz de cualquier acción, por repulsiva o inmoral que esta fuera. Sirva como ejemplo la reconstrucción de los momentos previos a que uno de sus “casos” se aproxime a su víctima:

El calor y el ruido del tren lo confundieron, y ya no pudo resistir la excitación sexual y la presión de la sangre en su abdomen. Todo bailaba ante sus ojos. Bajó del coche en Bruck y estaba totalmente confundido, sin saber a dónde iba; y por un momento le vino la idea de arrojarse al agua; todo era como una niebla ante sus ojos. Luego vio a una mujer, expuso sus genitales e intentó abrazarla (p. 52).

Siguiendo, en este punto, a autores como Morel o Lombroso, Krafft-Ebbing sostiene que dicho estado puede ser el resultado de una degeneración congénita, o bien ser la causa él mismo de una progresiva degeneración psicofísica. Ese es el motivo de que en su *Psychopatia sexualis* encontremos detalladas enumeraciones de los signos de la degeneración encontrados en el amplio elenco de sodomitas, fetichistas, incestuosos, bestialistas, sádicos, masoquistas, pederastas y sátiro que habitan entre sus páginas. Se cuentan, entre estas, referencias a la deformidad de todo el cuerpo (pp. 403, 406), del cráneo (pp. 43, 65, 393, 399, 403, 406, 426), o de los testículos, que pueden ser demasiado pequeños (pp. 27, 201, 220, 300, 384), asimétricos (pp. 66, 307, 392), insensibles (pp. 201, 326, 406) o, incluso, inusualmente suaves (p. 45). Las particularidades son incontables, y pueden referirse a detalles como la posición de los dientes (pp. 239, 300, 316, 403), de las orejas (pp. 45, 345); a la suavidad (pp. 202, 209, 307) o la palidez (p. 204) de la piel; o bien al tamaño de los penes, que pueden ser inusualmente “pequeños” (pp. 384, 392, 407) o, con mayor frecuencia, “grandes” (pp. 65, 117, 220, 258, 298, 300, 340, 343, 350, 389, 403, 406, 421). No se pretende con ello, por cierto, asociar cualesquiera perversiones con anomalías corporales concretas, sino de dotar de un cuerpo a la perversión al subrayar la equivalencia entre la monstruosidad moral y la anatómica.

Resulta evidente, llegadas a este punto, que la perversión lo es aquí, salvo excepciones, del género masculino, que se presupone el más sensual de los géneros y, en consecuencia, el más susceptible a sucumbrir a la exacerbación patológica del impulso erótico. Se debe notar, además, que en la obra de Krafft-Ebbing recibe una atención especial la degeneración de los “hijos adoptivos de la naturaleza” (p. 410), esto es, de los uranistas u homosexuales, en los que “la totalidad de la personalidad psicológica, e incluso las sensaciones corporales, se ven transformadas para corresponder con la perversión” (p. 187), hasta que “la forma física resulta correspondientemente alterada” (ibid.). Tal es la forma en que se refiere Krafft-Ebbing a un proceso de “transformación física y mental” o, incluso, de “metamorfosis” (p. 191), que comportaría, entre otras cosas, la pérdida de la masculinidad. Como resultado del mismo, el sujeto se vería sumido en estado de *neurastenia*, una condición de sintomatología variada e imprecisa y que, en el caso de los uranistas, llegaría al punto de hacerles sentir “corrientes magnéticas que atraviesan el cuerpo” (p. 225), capaces de provocar el orgasmo ante el menor contacto físico:

Los hombres jóvenes y poderosos le resultaban muy atractivos. A menudo, apenas podía resistir el deseo de caer sobre sus cuellos y besarlos. Últimamente, simplemente el toque de tales personas se había vuelto suficiente para darle placer y provocar la eyaculación (p. 338).

En el proceso, el individuo se volvería en extremo asustadizo. Se pone de ejemplo, a este respecto, el caso de un paciente en extremo “sensitivo, fácilmente conmovido, fácilmente herido, y nervioso”, de “reflejos exagerados”, al que cualquier ruido inesperado haría “temblar con todo el cuerpo” (p. 200), haciéndole difícil no gritar. En estrecha relación con la descripción provista de la neurastenia destacan, para finalizar, las alusiones al electro-magnetismo (pp. 218, 377), que había despertado ya un interés científico que se encontraba ya en proceso de sustituir las teorías de Franz Mesmer sobre el magnetismo animal. El interés por la hipnosis se mantiene, no obstante, considerada como el elemento central de una terapia de reconversión del instinto sexual en cuya eficacia Krafft-Ebing demuestra una fe notable, si bien observa que la hiperactividad del sistema nervioso de los uranistas les dificultaría en extremo alcanzar el estado de trance⁵:

Un requisito es, por supuesto, la posibilidad de inducir la hipnosis con suficiente intensidad. Lamentablemente, en estos casos de neurastenia, esto es imposible, ya que a menudo están excitados, avergonzados y en ninguna condición de concentrar sus pensamientos (p. 324).

De regreso al espacio exterior, llama poderosamente la atención la forma en que la tripulación de van Vogt se adhiere a las teorías de la degeneración de Ebbing. Un vistazo a aquel ser de cabeza de gato, tentáculos que salen de sus hombros, cuyas patas delanteras que doblan en tamaño a las traseras, para conformar “unas patas *monstruosas*” (Van Vogt, p. 71) les basta para concluir que aquel ser habría “*degenerado hasta un estado primitivo*” (ibid.).⁶ Poco tardamos en saber, además, que el deseo que atraviesa el cuerpo alienígena es tan avasallador como el del más neuro-asténico de los pervertidos de Krafft-Ebbing. Es este deseo, acumulado a lo largo de siglos, quien abre el relato, y quien nos conduce a cada uno de los crímenes que comete la criatura: sabemos, así, que los ojos del gato “ardían de deseo” (p. 69) al ver la nave, y que la “garganta se le ensanchó con la urgencia de su necesidad” (ibid.) mientras se aproximaba a su tripulación.. La descripción del estado mental en que este encuentro sume al gato recuerda vivamente, en este punto, a la de los perversos de la *Psychopatia sexualis*:

La sensación de id era tan abrumadora que su cerebro se tambaleó, al borde del caos. Notaba como si su cuerpo estuviera cubierto por un líquido fundido. Su visión era borrosa, y la cruda sensualidad de su deseo atravesaba todo su ser (p. 71).

Poco después, su cuerpo “ardía de furia y deseos” de seguir al “robusto y fornido” (p. 76) humano por la ciudad desierta, donde se consuma el primer asesinato. Más tarde, sentiremos al gato “saborear” el octavo crimen –“siete *dormitorios*, siete hombres muertos” (p. 88, cursivas mías)–, y sabremos que ello le proporcionaría un placer tal que, en lugar de saciarlo, despertó en él “un irrefrenable deseo de matar” (ibid.).

⁵ Durante el cual se debería hacer al paciente repetir “1. Aborrezco la masturbación y no volveré a masturbarme. 2. Considero repugnante y horrible la inclinación hacia los hombres; y nunca más pensaré que los hombres son guapos y atractivos. 3. Solo encuentro atractivas a las mujeres.” (Krafft-Ebing, p. 327).

⁶ La elección de la figura del gato incide en esta posición incierta entre lo humano y la condición animal: el gato es el emblema de una domesticación a medio camino, una conexión doméstica con el mundo salvaje. Además de o, quizás, por ello mismo, un símbolo de la tradición demoníaca.

Al carácter volíptuoso de sus impulsos criminales se ha de añadir que, a pesar de su peligrosidad, el gato posee un carácter en extremo asustadizo. En esto coincide con los casos de Krafft-Ebing y, también, con el citado pez globo, conocido en Brasil como *baiacu*, que se infla amenazadoramente ante la menor señal de peligro. Así, al entrar por su propio pie en la nave y “escuchar que la puerta se cerraba tras él”, el gato sufre un ataque de pánico que lo reduce al estado “de un animal enjaulado”, y tras el cual se lamentaría por “haber perdido la ventaja de parecer una criatura mansa y tranquila” (p. 74). Tras el susto, deberá esforzarse por reducir “la tensión eléctrica de sus nervios y músculos” (*ibid.*) para recobrar el control de sí, mientras la tripulación le muestra la gratuidad de su reacción, pues la puerta se abre, y se cierra, sin ningún esfuerzo. El fin de la escena no parece ser otro que el de poner de manifiesto la labilidad emocional o, si se quiere, el carácter *histérico* del gato. Su falta, en definitiva, de masculinidad. En una segunda lectura, este ataque de pánico pone de manifiesto que el pánico sexual y el racial se dan la mano en este felino alienígena, combinados y *codificados* en el mismo cuerpo: el gato entra en pánico al sentirse secuestrado por aquel “barco” que habría de conducirlo a la metrópolis galáctica, en una recreación espacial del comercio de mano de obra esclava o, como en el caso de Sara Baartman, del secuestro de la población nativa de las colonias africanas para exponer sus particularidades anatómicas en un circo de Londres.

Esta última relación se ve reforzada, además, por la naturaleza del crimen del que se acusa al gato. Su “hambre” es definida, de manera elocuente, como un impulso antropofágico que, en la medida que conduce a la destrucción del objeto de deseo, nos remite al tratamiento del sadismo en la *Psicopathia sexualis* y, muy en concreto, al *canibalismo* erótico. Van Vogt invoca, con ello, una densa figura del imaginario colonial que sirve aquí para ligar entre sí, como en una cinta de Moebius, la psiquiatrización del cuerpo perverso y la animalización del cuerpo indígena en el contexto colonial.

Cabe destacar, para cerrar esta breve presentación de las relaciones entre el cuerpo perverso y el monstruo de van Vogt, la forma en que el sistema nervioso del gato desvía los rayos destinados a sondar sus profundidades—y, más tarde, a destruirlo. La escena recuerda, claro está, a la relación entre los espejos y los vampiros. Por la otra, se convierte en una fiel transcripción literaria de la forma en que los uranistas se resisten a la hipnosis *gracias a* la misma alteración nerviosa que se pretendería erradicar de su organismo. Entra en juego, en ambos casos, la resistencia a revelar la propia identidad en el marco provisto por las taxonomías bio-médicas. Resistencia que se vence, en última instancia, mediante la ya referida “restauración de la represión” (Wood, 1986, p. 68) bajo la fuerza aplastante de los saberes científico-técnicos, representados por los motores atómicos de la nave. Tal es, en última instancia, el sueño redentor al que se entregan tanto Krafft-Ebbing como van Vogt, ya que ambos proclaman el triunfo final de lo propiamente “humano” frente a los desconcertantes poderes del cuerpo perverso.

Degeneración y esterilidad

Sirvan las citas incluidas en el último apartado para poner en evidencia que la comparación de “Destructor negro” con *Finnegans Wake* era, por supuesto, excesiva, pues van Vogt se aproxima al punto de vista de su personaje a través de un narrador omnisciente bastante convencional. Me gustaría insistir en ella, no obstante, para señalar una distinción crucial. Si, como nos sugiere Lacan en “Joyce the Symptom” (1987 [1975]), la obra de Joyce nos sumerge en una subjetividad reducida al síntoma, o lo que es lo mismo, a cuanto de diferenciado y singular existe en el individuo; y si lo hace de una forma tan extrema que dicha subjetividad se confunde, en el límite, con la propia “estructura” de “LOM [*l'homme, man*] (p. 24); la

subjetividad monstruosa de van Vogt está constituida, más bien, por cuanto la moral burguesa pretendió negar, excluir y silenciar para componer su imagen del individuo: las pulsiones más básicas y orgánicas, cuanto en "LOM" existe de crudo instinto animal. El monstruo no se debe confundir, en este sentido, con el síntoma, pues encarna lo reprimido *en sí mismo*. Dicho de otra forma, el monstruo provee una forma material para la exclusión constitutiva del ego que Freud bautizaría como el *ello* [*id*] de la estructura psíquica. Todo sucede, por tanto, como si van Vogt usara de manera propositada el nombre de "id" para referirse a la sustancia responsable de la degeneración de la civilización hasta un estado casi animal; y que se encontraría escondida—en cantidades inusitadas—en lo más profundo de los huesos del "Hombre". Esto es, en lo más profundo de un cuerpo que, bajo su civilizada apariencia, amenaza con revelar su *naturaleza* animal por la vía de la *degeneración*.

A pesar de su apariencia, en términos formales, sencilla, lo cierto es que la *naturaleza* de esta degeneración encierra una enigmática ambivalencia. En efecto, si "la propagación de la especie humana" depende de la fuerza del "instinto natural" (Krafft-Ebing, p. 1), y si la *Psychopatia sexualis* participa del mito rousseauiano del "buen salvaje" al entender que "la perversión del instinto sexual (...) no ocurre entre las razas incivilizadas o medio-civilizadas (sic)" (p. 7), ¿no debería la regresión al estado de naturaleza representar una suerte de progreso? ¿Una cura de la perversión? ¿La potenciación de la capacidad reproductiva, en lugar de su pérdida? Para entender esta aparente contradicción se hace necesario llamar la atención, así sea brevemente, sobre una distinción implícita en la teoría de la perversión: la que existe entre el estado de naturaleza propiamente dicho y una regresión *perversa* al mismo que ya no coincide con el punto de partida: "Se piensa que todo debe ser dejado a la Naturaleza; mientras tanto, la Naturaleza alza sus poderes, y conduce a los impotentes y desprotegidos a *peligrosos desvíos*" (p. 321, cursivas mías). Tal vez por ello, para Krafft-Ebing, el riesgo de sucumbir a la pulsión animal acecha, en especial, en la agitada vida de las grandes ciudades: "Aquellos que viven en grandes ciudades, donde constantemente se les recuerdan cosas sexuales y se les incita al disfrute sexual, ciertamente tienen más deseo sexual que aquellos que viven en el campo" (p. 49). La degeneración se presenta, en este sentido, como una suerte de "salvajismo urbano" que, si bien comporta algo de "natural", se diferenciaría, de manera fatal, de la inocencia del punto de partida.

Se presenta, así, una decadencia natural y *contra-natura* a un tiempo, que Krafft-Ebing asocia, en la estela de Platón, a los excesos de *sensualidad*, al dominio del arte, de la poesía, de la feminidad y, como resumen de todo ello, de los placeres del cuerpo, sobre la razón: "Los períodos de decadencia moral en la vida de un pueblo siempre son contemporáneos a épocas de afeminamiento, sensualidad y lujo" (p. 6). Los ejemplos citados merecen, aquí, una atención especial. Por el lado occidental se citan la caída del imperio romano, la de Grecia antes que este, y la Francia de Luis XIV y de Luis XV. El cristianismo y la monogamia se conciben, no obstante, como antídoto o, si se prefiere, como un escudo para la protección del "bien común", que aquí se identifica, en curiosa disyuntiva, como "la familia o el Estado" (p. 4). Frente al cristianismo y Europa se alzarían, como una amenaza, los símbolos arquetípicos de la decadencia civilizatoria: la caída de Nineveh y de Babilonia, el Islam, la poligamia, el harén, y, en definitiva, el Oriente imaginado por el "Hombre Blanco", por expresarlo con Edward Saïd (2003 [1978], p. 226). *Psychopatia sexualis* es, en este sentido, una obra profundamente *ilustrada*, que contribuyó a la consolidación de las bases

racistas del orden público⁷ en occidente al vincular la perversión y la criminalidad con el desorden moral atribuido a los territorios colonizados de Asia, del continente africano y, por supuesto, de América.

Poco ha de sorprendernos, pues, que nuestro monstruo espacial habite en una gran ciudad marcada con los signos del exceso estético y de la primacía de la forma sobre la función. Una ciudad en la que se ponen de manifiesto los signos, en suma, de la decadencia civilizatoria. Así lo observa, en particular, el “arqueólogo japonés” de la nave:

Los edificios no están ornamentados solamente. Son ornamentales en sí mismos [...] El efecto se enfatiza por lo tortuoso de las calles. Sus máquinas demuestran que eran matemáticos, pero antes eran artistas [...] Pero terminó [la civilización] Bruscamente, como si en este punto la cultura tuviera su batalla de Tours y empezara a colapsarse *como la antigua civilización musulmana* (p. 10, cursivas mías).

No es casual, por supuesto, la referencia a la “civilización musulmana”, en la que se refleja la máxima Orientalista según la cual, como lo expresó también Edward Saïd, las antiguas “civilizaciones de Oriente se hacen palpables bajo los desórdenes de la decadencia presente” (2003, p. 233). Al combinarse con el anatómico, este análisis arquitectónico permite alcanzar la lapidaria conclusión, en plena armonía con los presupuestos racistas de la *Psychopatia sexualis*:

Sostengo que esta cultura terminó bruscamente en su época más floreciente. Los efectos sociológicos de tal catástrofe tienen que haber sido la súbita desaparición de la moral, *una reversión a la criminalidad bestial*, la falta de cualquier tipo de ideales, una total indiferencia ante la muerte. Si este gato es descendiente de *esa raza*, entonces debe de ser una criatura astuta, un ladrón nocturno, un asesino a sangre fría, que sería capaz de degollar a su propio hermano en su provecho (Van Vogt, p. 11, cursivas mías).

El gato es, pues, un monstruo moral, en el que las marcas de la abyección sexual y la racial se intercambian entre sí con suma facilidad. Un ser que conoció la virtud y la civilización para sucumbir, después, a sus más bajos instintos. La configuración letal de su instinto materializa, aquí, el fracaso del mandato reproductivo que pesa sobre el Hombre Blanco: reproducir la raza para proyectar, con ella, la civilización y la moral hacia el futuro de la humanidad. Es por ello que la pregunta flota, huérfana, en el aire: ¿Cómo se reproducen los gatos, en su creciente soledad, en su búsqueda desesperada del “id” destinado a alimentar “el motor inmortal” de su cuerpo (p.2)? Es así como van Vogt esboza este ser que se encuentra al margen del binarismo sexual, sumido en la tentativa estéril de la perpetuación de sí mediante la pasión elemental por lo *id*-éntico. Un ser que representa el fracaso narcisista, en suma, del mandato reproductivo. La monstruosidad del gato representa, en suma, la condena del pecado nefando, tiempo atrás *secularizada* por la psiquiatría decimonónica. Es por ello que deberá, por supuesto, perecer, a manos de un Occidente que se ha proyectado, esta vez, hacia las estrellas, dando así forma a un futuro blanco, masculino y heterocentrado.

Desde este punto de vista, la masculinidad amenazada por la visita monstruosa a los dormitorios no sería sino una escenificación del pánico moral constitutivo de lo que podríamos llamar, parafraseando a Judith Butler (2007 [1991], p. 137–151), *blanquitud melancólica*; esto es, una blanquitud construida sobre la *forclusión del deseo de sucumbir* a un deseo que se concibe como lo propio de la alteridad racial. La sensual muerte de los miembros de la tripulación a manos del destructor *negro* no haría sino expresar, en ese sentido, el poder de

⁷ Trato de esta cuestión con más detalle en Pérez Navarro (2022).

seducción⁸ que ejerce la promesa de la desorganización de las premisas sobre las que descansa el proyecto civilizatorio del mundo occidental. Tal es la amenaza que habrá de dejar paso, tras flirtear con ella, al *modus operandi* de toda biopolítica, a saber, la perpetuación del orden establecido mediante un plan genocida que se reviste de altruismo: “Tenemos trabajo... hemos de matar a todos los gatos de ese miserable mundo” (p. 28).

Cohabitación perversa

Las variaciones de la figura de la *cohabitación perversa* presentes en la ciencia ficción espacial son, simplemente, incontables. Al fin y al cabo, ¿qué es una nave espacial, sino un planeta artificial o, si se quiere, otra Tierra—“no somos una *tribu*, somos el *mundo*”, como lo expresa un tripulante de la nave que se dirige a colonizar Marte en *Marte Rojo* (Robinson, 1992, cursivas mías)—a la deriva por el espacio? En los términos de Foucault (1994), la nave espacial es una heteterotopía por antonomasia, un orden social autocontenido y dispuesto como un lienzo para recrear las ansiedades culturales que despierta el contacto no elegido con la alteridad. Resultaba inevitable, en consecuencia, encontrar todo tipo de variaciones de la figura de la cohabitación forzada con el cuerpo perverso en la ciencia ficción espacial, tanto dentro como fuera del género de horror. Muchas de las cuales incorporan, como no podría ser de otra forma, los signos sexuales y raciales *criptados* en el gato de van Vogt, si bien sometidos a un proceso de gradual descodificación y recodificación de sus elementos centrales en el que la ciencia ficción feminista y afrofuturista jugará un papel fundamental.

Un ejemplo emblemático lo encontramos en *Fundación e Imperio* (Asimov, 2007) y, en especial, en la secuencia en la que los protagonistas comparten la nave, sin saberlo, con “el mulo”, un ser mutante que debe su nombre a su esterilidad y que amenaza, con sus letales capacidades artísticas y telepáticas, la reconstrucción del imperio tras la caída de una hiperbólicamente urbanizada capital galáctica. No menos representativa resulta la escena de *La mano izquierda de la humanidad* 1973 [1969]) en la que Ursula K. Le Guin –evitando, eso sí, el tropo del regreso a la nave—construye una energética inversión feminista de los valores que subyacen al relato de van Vogt, pues la protagonista terrestre tiene por misión hacerse aliada de una mutación androgina del ser humano, de sexo cambiante y rasgos faciales inescrutables, además de gatunos: “¿es posible leer la cara de un gato?” (p. 12, cursivas mías). En este caso, la escena clave transcurre en una pequeña tienda de campaña que hace las veces de heterotopía perversa y en la que la protagonista presencia y acompaña el cambio de sexo de su *compañere* extraterrestre. Un impulso de reconciliación similar con la diferencia sexual y racial se puede encontrar en el abrazo propinado a un compañero homosexual en la nave de *Pórtico* (Pohl, 2006 [1977]), tras una serie harto gratuita de referencias a la sexualidad de la tripulación –“sí, Sam, Dred y Mohamad son homosexuales” (p. 118, cursivas mías). La voluntad de desentrañar el subtexto reprimido de la ciencia ficción se pone de relieve, además, mediante el psicoanálisis al que una inteligencia artificial somete al protagonista para descubrir, entre otras cosas, sus reprimidas tendencias homosexuales. Bajo el mismo prisma cabría analizar la secuencia inicial de *Los ingenieros de mundo anillo* (Nieven, 2003), en la que el protagonista humano comparte embarcación espacial con el plumífero *titerote* que le ha secuestrado. Se trata, en este caso, de una reconstrucción paródica de la cohabitación perversa, relacionada en este caso con una criatura de aspecto frágil, extremadamente asustadiza, perteneciente a una especie que cuenta con tres sexos biológicos y que manipula, en las sombras, el destino de la humanidad. Esta inversión

⁸ Llama la atención que la frase “Destructor negro” remita alternativamente, en los buscadores de internet, a la obra de Van Vogt y a una película pornográfica basada en la fetichización del encuentro sexual interracial.

de la secuencia del secuestro se extrema de la mano de Octavia Butler. Concretamente, en *Amanecer* (1989 [1987]) donde será la protagonista humana quien se convertirá prófuga en el interior de una nave alienígena que se encontraría viva ella misma. Se consuma, con ello, la inversión de la escena de cohabitación entre humanos y alienígenas, que servirá de preludio a la entrega de la protagonista al proyecto reproductivo de los Oan Kali, unos seres cuyos sensitivos tentáculos recuerdan vivamente a los del *Destructor negro*, y que cuentan, entre sus objetivos, la creación de una raza humana “curada” de los atávicos impulsos jerárquicos que condujeron a la destrucción de la Tierra por una guerra atómica. No menos simbólico resulta, cerrando este recorrido, *Marte rojo* (2020), en la que Stanley Robinson sustituye a los cien hombres de la nave de Van Vogt por una tripulación de, exactamente, cincuenta hombres y cincuenta mujeres, destinada a colonizar Marte. En este caso, la cohabitación perversa la brinda el personaje de la japonesa Hiroko Ai, “la dama dragón, el *Oriente misterioso*” (p. 71, cursivas mías), de quien se teme que esté organizando “un harén masculino” (*ibid.*), y que planea aprovechar el largo viaje hasta Marte para fertilizar sus óvulos con los espermatozoides de los tripulantes, “almacenarlos criónicamente” (p. 72) y, en último término, desestabilizar tanto la hegemonía occidental como los presupuestos heterocentrados del proyecto colonizador. Cabe observar que las variaciones incluyen, en este sentido, una gradual substitución de la figura del impulso sexual invertido de Ebbing por una creciente preocupación por lo que podríamos referir, tentativamente, como la queerificación de la reproducción.

Capítulo aparte merecen los *desdoblamientos* de los atributos de la monstruosidad alienígena, en los que con frecuencia se refleja la normalización progresiva de algunos de tales atributos, mientras que otros mantienen su calidad de elementos amenazadores. Destaca, en este capítulo, *La guerra interminable*, en la que Joe Haldeman (1978 [1974]) imagina la (homo)sexualización progresiva de la humanidad como solución a la superpoblación galáctica mientras se perpetúa la guerra contra una racializada y sexualizada especie alienígena. Se *decodifica*, con ello, una parte central de la criatura *criptoqueer*, ahora normalizada bajo la forma del número creciente de homosexuales con los que ha de convivir el protagonista heterosexual—al que sus compañeros de nave le dedican incluso, cariñosamente, el insulto “queer”, por encontrarse en minoría⁹. Se perfila, así, una suerte de utopía homonacionalista⁹ concebida al calor de las protestas contra la guerra del Vietnam y de las protestas de Stonewall, en la que la militarizada humanidad persigue el exterminio de una especie extraterrestre “sin genitales externos” y con un “agujero” donde debería estar la “manzana de Adán”, a la que reservan “por omisión” el “pronombre masculino” (p. 19). La ambivalencia de la situación, queda subrayada en una escena en la que regalan un gat—por cierto, “castrado” (p. 40, cursivas mías)—al protagonista, a pesar de que los detesta—“¿Qué demonios hace un gato aquí?” (p. 209)—para luego informarle de que “ahora es común, muchas naves los tienen” (p. 130). Una lógica similar se repite, apenas un año después, en mi película de terror favorita. En efecto, en *Alien: El octavo pasajero*, como para darle la razón a Haldeman, el gato se ha convertido en la mascota de abordo. El desdoblamiento al que me refiero queda subrayado, en este caso, por el hecho de que el gato comparte el papel de “octavo pasajero” con el letal alienígena recogido por la tripulación—esta vez, involuntariamente—en su breve paseo por un exoplaneta. El lado gatuno se ha redimido, aquí, de su condición perversa hasta el punto que la teniente

⁹ Sobre esta cuestión, véase, en especial, *Rethinking Homonationalism*, de Jasbir K. Puar (2013). La misma autora ofrece junto a Amit S. Rai, además, una lectura de la monstruosidad sexual y racial en la figura del terrorista islámico (2002) que comparte diversos elementos con la que se ofrece en el presente artículo.

Ripley, que encarna una aguerrida masculinidad femenina, arriesgará su vida por salvarlo, en una suerte de afirmación de los vínculos de parentesco elegidos. Del lado monstruoso del “Depredador negro” restan la inmaculada negritud del alien y su mal disimulada conducta de depredador sexual, si bien su esterilidad se ha visto sustituida por el horror reproductivo, aderezado por toda suerte de metáforas de la inseminación artificial, la gestación forzosa, la descendencia interracial, la subrogación y el embarazo masculino. Ripley se convierte así, por el camino, den la alumna aventajada de Shulamith Firestone, dispuesta a todo con tal de eludir el mandato reproductivo, hasta volar por los aires una nave llamada, casualmente, “madre”.

La lectura presentada podría suscitar la objeción de la falta de pruebas de la familiaridad de van Vogt con los tratados sobre perversiones sexuales del siglo XIX, esenciales para convertirse en un eficaz transmisor de las ansiedades sexuales y raciales de esa época en la ciencia ficción espacial del siglo XX. Cabe recordar, a este respecto, que su técnica de interrupción programada de sueños nocturnos revela un interés en el mundo del inconsciente y, de manera indirecta, en la psiquiatría y el psicoanálisis. Me gustaría resaltar, además, un último paralelismo existente entre la obra de Krafft-Ebbing y “Destructor negro”: el abismo estilístico que existe entre los extensos testimonios biográficos recogidos en la obra del psiquiatra alemán y la voz del psiquiatra, de una parte, y la se abre entre el punto de vista del monstruo y la frialdad de los científicos de a bordo, por la otra. En ambos casos, el dualismo platónico adquirió una forma textual muy definida, orientada a eclipsar, con su lógica racional, el punto de vista del cuerpo perverso. En el caso de Krafft-Ebbing, en particular, la tentativa se vio reforzada mediante una estrategia peculiar: *encriptar* los pasajes más abyectos traduciéndolos al latín. A pesar de ello, las numerosas reediciones de la obra de Ebing atestiguan que esta se convirtió en la ocasión para usos no previstos de la misma e, incluso, como se lamentaría el traductor al inglés de la obra, “pornográficos” (p. vii). La obra de Krafft-Ebbing participó, paradójicamente, en la producción de un inesperado *socius* perverso. En ese sentido, *Psychopatia sexualis* se convirtió en una suerte de *navío* en el que los pervertidos que pululaban por los callejones de las grandes urbes extendieron sus tentáculos por lugares de la cultura que les estaban, hasta entonces, absolutamente vedados. Al igual que lo hizo el gato de van Vogt, que convirtió una visita inesperada en oportunidad para viajar, desde las cloacas, hasta las estrellas.

Declaración de disponibilidad de datos

El foco principal de este artículo son contribuciones de naturaleza teórica o metodológica, sin el uso de conjuntos de datos empíricos. Por lo tanto, de acuerdo con las directrices editoriales de la revista, el artículo está exento de ser depositado en SciELO Data.

Referencias

- ASIMOV, I. *La Edad de Oro*, 1939-1940. Turlock: Orbis, 1979.
- ASIMOV, I. *Fundación e Imperio*. Madrid: La Factoría de Ideas, 2007.
- BUTLER, J. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007
- BUTLER, J., *Parting Ways. Jewishness and the Critique of Zionism*. New York: Columbia University Press, 2012.
- BUTLER, O. *Amanecer*. Barcelona: Ultramar, 1989.
- DARWIN, C. *The Voyage of the Beagle*, 1789-1858.
- FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad I. La Voluntad de Saber*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1977.
- FOUCAULT, M. *Los espacios otros*. Astrágalo, v. 4, p. 83-91, 1994.
- FRIEDKIN, W. *A la caza. Estados Unidos*, Warner Bross, 1980.
- GUIN, U. K. LE. *La mano izquierda de la humanidad*. Buenos Aires: Minotauro, 1973.
- HALDEMAN, J. *La guerra interminable*. Madrid: Edhasa, 1978.
- JOYCE, J. *Finnegans Wake*. London: Faber and Faber, 1939.
- KRAFT-EBING, R. VON. *Psychopathia Sexualis. With Especial Reference to Contrary Sexual Instinct; A Medico-Legal Study*. London: The F. A. Davis Company, 1894.
- LACAN, J. Joyce the Symptom. In: LACAN, J., *Joyce avec Lacan*. Paris: Navarin, 1987, pp. 21-26.
- NIEVEN, L. *Los ingenieros de mundo anillo*. Madrid: La Factoría de Ideas, 2003.
- PÉREZ NAVARRO, Pablo. Biocriminals, racism, and the law: friendship as public disorder. In: SANTOS, Ana Cristina (org.). *LGBTQ+ intimacies in Southern Europe*. Cham: Palgrave Macmillan, 2022. p. 57-75.
- POHL, F. *Pórtico*. Madrid: Planeta de Agostini, 2006.
- PUAR, J. K. Rethinking Homonationalism. *International Journal of Middle East Studies*, v. 45, n. 2, p. 336-339, 2013.
- PUAR, J. K.; RAI, A. Monster, Terrorist, Fag: The War on Terrorism and the Production of Docile Patriots. *Social Text*, v. 72, n. 3, p. 16, 2002.
- ROBINSON, K. S. *Marte rojo*. Madrid: Minotauro, 2020.

SAID, E. *Orientalism*. London and New York: Penguin Books, 2003.

VAN VOGT, A. E. Destructor negro. Em: ASIMOV, I.; GREENBERG, M. H. (Eds.). *La Edad de Oro 1939-1940*. Turlock: Orbis, pp. 65–105, 1979.

VOGT, A. E. VAN. *El viaje del Beagle espacial*. Barcelona: Plaza y Janés, 2000.

WOOD, R. *Hollywood from Vietnam to Reagan... and Beyond*. New York: Columbia University Press, 1986.

Editores responsáveis: Léo Peruzzo Júnior e Jelson Oliveira.

RECEBIDO: 02/06/2024

RECEIVED: 06/02/2024

APROVADO: 06/04/2025

APPROVED: 04/06/2025

PUBLICADO: 08/07/2025

PUBLISHED: 07/08/2025